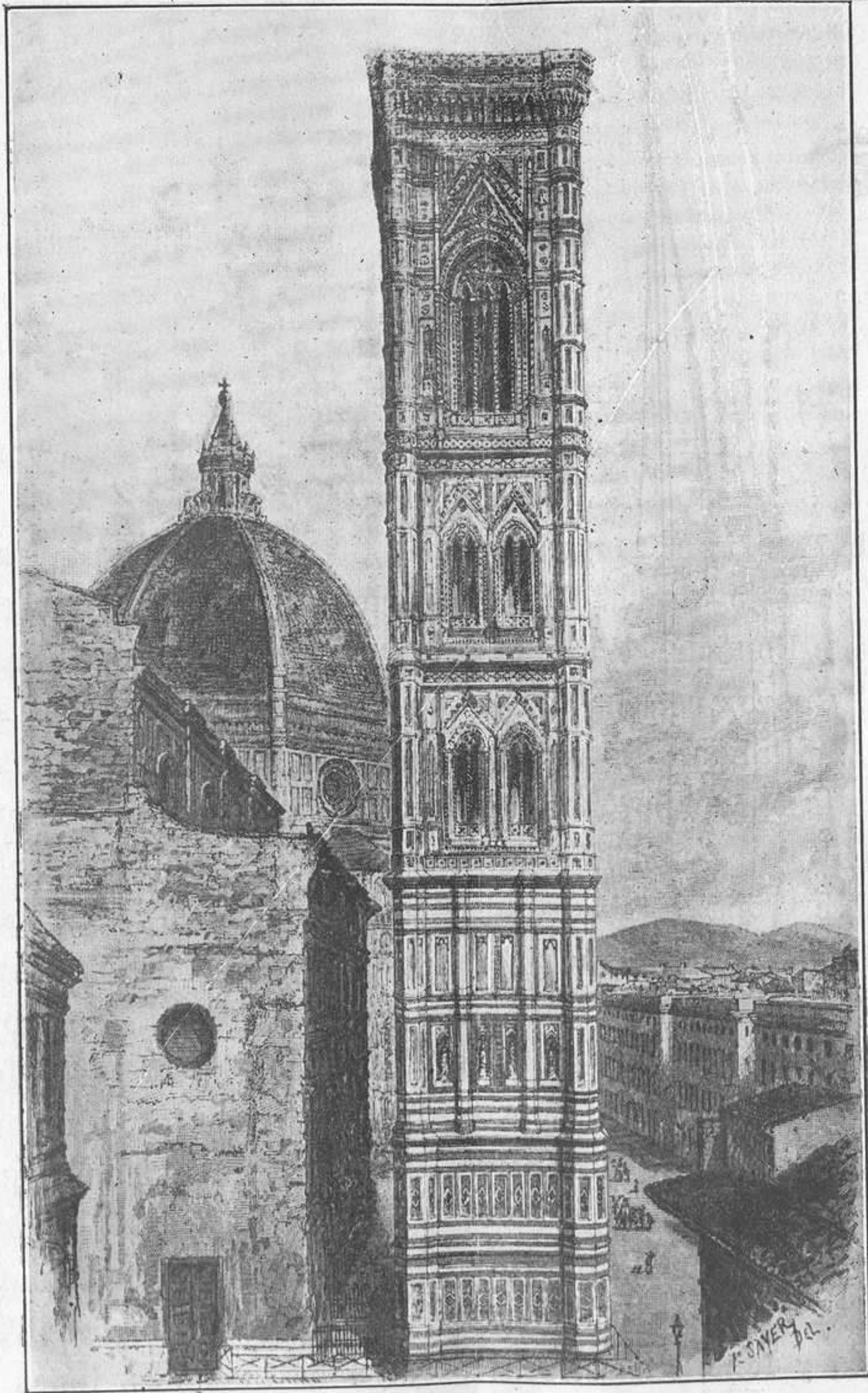


EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LIX.

MADRID, 3 DE JULIO DE 1932.

NÚMERO 27.



EL CAMPANARIO DE FLORENCIA

El Zagal de Vespignano

Hace muchos años, cuando el mundo tenía unos seiscientos años menos que hoy, nació un niño en las pendientes soleadas de las montañas de Vespignano.

Probablemente vosotros nunca habeis ni siquiera oído el nombre del pueblo de Vespignano, y esto no tiene nada de particular, porque Vespignano es una aldea muy insignificante, en el centro de Toscana, en Italia, y solamente lo conocen los pocos aldeanos que viven allí sus vidas modestas.

Pero debido a este niño, que abrió por primera vez sus ojos a la luz del día entre las montañas escarpadas y rocosas de esa aldea, ella tiene su orgullo y levanta la cabeza como cualquier otro pueblo de gran importancia.

El nombre de este muchacho era Giotto Bondone, o Bondone Giotto. Probablemente lo llamaron así sus compañeros, porque los italianos tienen una manera rara de trasponer los nombres, tanto que uno a veces no sabe decir cuál es el nombre y cuál es el apellido.

Giotto era un chico feliz. Su padre era un sencillo labrador, que trabajaba desde la mañana temprano hasta el anochecer, con una yunta de blancos bueyes en los campos de su amo; trabajaba en las viñas, y en los prados de las ovejas y en el otoño le pagaban con trigo, vino y lana; lo suficiente para vivir contento y feliz, sin estrechez, pero sin abundancia en compañía de su mujer y de su hijito.

El padre Bondone no podía darle

mucho a su hijo; sólo un nombre honrado, una piel de oveja con la lana para pelliza y abundancia de luz y aire puro.

Pero el niño poseía una cosa muy suya, mejor que ninguna cosa regalada; tenía una naturaleza alegre y feliz, y una inteligencia tan despejada, que sorprendía a todos los que le veían, cuando aun apenas podía hablar y andar, y por esto también era el niño mimado de su padre.

Cuando tenía diez años, el padre pensó que ya era hora de que hiciera algo útil, para ganarse lo menos la sal del cocido.

Y le mandó a guardar las ovejas en el campo.

Creo que hacía algo más que vigilar, que no se extraviasen los corderitos. Supongo que muchas veces se echaría en el suelo, olvidando sus ovejas por completo, pero mientras tanto aprendería del cielo azul, de los valles verdes y de las flores hermosas, y de las rocas bañadas en la luz del sol en múltiples tintes, cómo se mezclan los colores de la paleta, y poco a poco penetraría en el secreto de formar arcos y variados dibujos estudiando las ramas y formas de los robles que allí crecían.

Un hombre sabio una vez aseguró al mundo, que hay "sermones en las piedras, libros en los arroyos corrientes y algo de bueno en todas las cosas;" el ignorante pequeño Giotto debe haber tenido el don de encontrar "lo bueno" en todas las cosas. Y no sólo sus ojos

listos lo veían todo, sino que sus hábiles dedos sabían imitarlo de prisa.

Siempre dibujaba algo en cualquier pedazo de roca lisa, o de pizarra que encontraba por allí, aunque para lápiz no tenía otra cosa que una piedra, que él mismo había afilado.

Ocurrió cierto día, que pasó por aquella comarca, montado en un caballo, un célebre florentino, y acaso habiendo perdido el camino, divisó no muy lejos los pacíficos rebaños del padre Bondone, que pacían allí, mientras que el joven zagal estaba muy preocupado con algún otro asunto. El gran artista, atraído por algo especial en la postura del muchacho, se acercó, miró por encima de sus hombros y vió que había dibujado una oveja en un pedazo de piedra, que tenía sobre sus rodillas.

Cimabue—así se llamaba el artista—estaba sumamente sorprendido al ver el dibujo en la piedra. Entabló conversación con el zagal y entre otras cosas le preguntó, si le gustaría abandonar sus montañas y sus ovejas, a su padre y a su madre y marcharse con él a Florencia para estudiar en serio el arte de dibujar.

Viendo el retrato que conocemos de Cimabue, no parece muy atractivo para que un niño pequeño deje a su padre y a su madre y se marche con un señor tan raro y extraño; pero a Giotto le gustaba dibujar más que todas las cosas del mundo; contestó, pues, afirmativamente con gran alegría, figurándose que era el chico más feliz que jamás había existido.

El padre dió su consentimiento tan

gustoso como el muchacho, y salió nuestro pequeño héroe al mundo para buscar la fortuna con el forastero de Florencia.

El progreso de sus estudios fué tan prodigioso día tras día, que a los pocos años estaban cambiados los papeles, y el maestro Cimabue tenía que aprender del discípulo Giotto, ¡figúrate! Sí, Giotto ganó gran fama en poco tiempo. Pintó un cuadro tras otro en muchas iglesias, en Florencia y en Pisa, en Arezzo y en Assisi, en Siena y en muchas otras ciudades, prestando tal servicio al arte italiano, que había estado muy corrompido, que hasta el día de hoy se le considera como un gran bienhechor para el arte del mundo entero. Dió una vida nueva al arte moderno, porque sus obras reflejaban la naturaleza tal como es. El pintar imitando a la naturaleza era algo nuevo para aquel tiempo, y todo el mundo estaba encantado.

Un escritor de su tiempo, dice de los cuadros de Giotto: las personas tristes tienen aspecto melancólico y las alegres un aspecto feliz.

La fama del talento de Giotto llegó pronto a Roma, que entonces era la ciudad más culta del mundo. El Papa mandó en seguida un mensajero a Florencia, para enterarse de la persona de Giotto y del juicio que merecían sus obras, encargándole, que si era verdad todo lo que de él habían dicho, le trajera a la "Ciudad Eterna" para pintar las paredes de la Iglesia de San Pedro.

Una hermosa mañana, cuando Giotto estaba ocupado en su estudio, llegó el enviado del Papa, indicó el propósito

de su visita, y por fin pidió un dibujo que pudiera mandar a su amo.

Giotto muy amable, tomó un pliego de papel, mojó el pincel en color rojo, y luego con un solo trazo hizo un círculo tan perfecto que parecía una maravilla. Hecho esto, se volvió hacia el cortesano, diciendo: "Aquí, Monsiñore, tiene usted el dibujo que me ha pedido". "¿No me da usted nada más que esto?" preguntó el mensajero muy sorprendido.

"Esto basta y sobra", repuso Giotto, "mándelo con lo demás, y ya verá si lo aceptan".

El mensajero, que no podía conseguir más, se marchó disgustado y recelando que Giotto se hubiera burlado de él.

Sin embargo, como había mandado ya otros dibujos al Papa, mandó también aquél, explicando al mismo tiempo, cómo Giotto había hecho este círculo. El Papa y sus asesores comprendieron, que si Giotto podía aventajar a todos los demás pintores de su tiempo en esto, también los superaría en otros asuntos. Este pequeño incidente es el origen de un proverbio, que la gente de Toscana emplea aún en el día de hoy: "Eres más redondo que el círculo de Giotto"; que quiere decir, que uno es muy soso y tonto, porque la palabra redondo en italiano también significa tonto.

Llamaron a Giotto a Roma desde luego, y aceptó gustoso para conquistar nuevos laureles. Se cuentan un sin fin de historias de la inteligencia de Giotto y de sus maravillosos cuadros.

Estando estudiando con Cimabue, se

dice, que pintó una mosca en la nariz de una de las figuras que su maestro había pintado; una mosca que parecía tan real, que el maestro entrando en la habitación, quería espantarla con la mano. Pero la obra más famosa, orgullo de sus compatriotas, y que le ha conquistado la simpatía de todos los que aman lo hermoso, es seguramente el campanario de Florencia. ¡Parece un himno en piedra!

Es una torre esbelta, de mármoles variados, separada de la iglesia como todos los campanarios de Italia; tan graciosa, tan hermosa, tan rica en detalles, tan perfecta en sus proporciones, que no es de extrañar que todos la admiren con sorpresa. Cuanto más se contempla, más grande y más perfecta parece.

Hace muchos años ya, que Giotto descansa bajo la sombra del campanario que tanto nos encanta. No pudo terminar esta su última y mejor obra, pero sus discípulos fueron capaces de acabarla, aprovechando los dibujos que el maestro dejó. De todo corazón os deseo que algún día podáis contemplar esta obra hermosa en Florencia.

PENSAMIENTOS

Dicen que la religión ha de estar oculta en el fondo del alma: esto es, donde no se vea.

* * *

Los malos parecen siempre muchos por el ruido que meten.

* * *

No pueden ser libres al mismo tiempo los buenos y los malos.